ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

Orar por los difuntos

9 de noviembre de 2008

¿De qué sirve orar por los que ya han muerto? ¿Es posible hacerles bien una vez fallecidos y arrebatados de nuestro entorno? ¿O es a nosotros a quienes nos viene bien, cuando llega la muerte a nuestros seres queridos, pensar en ellos y creer que hacemos algo por ellos? Los católicos acostumbramos a tener una Misa exequial en la muerte de nuestros allegados; también celebramos otras Misas en otros momentos significativos. ¿Por qué celebrar una Misa por nuestros difuntos?

La celebración de la Eucaristía, sea en la iglesia del pueblo más pequeño, en la Catedral o en la Basílica de San Pedro de Roma, tiene un alcance universal. Lo que sucede en la celebración, el sacrificio de Cristo ofreciendo su vida al Padre en un extraordinario estallido de amor, es "por nosotros y por todos". La Eucaristía, en efecto, nos convierte en contemporáneos del sacrificio del Señor al Padre de los cielos, de modo que nos podamos asociar a este gesto de ofrenda y participar en la obra de nuestra salvación y la salvación del mundo.

Así podemos entender que la Eucaristía permita al sacerdote que la celebra añadir una intención particular que le es confiada por los fieles. Las intenciones pueden ser muy distintas, y tienen que ver con la vida concreta de las personas (acción de gracias, petición de salud o superación de este o aquel problema, por la familia, la evangelización, los niños de la Primera Comunión o la Confirmación y un largo etcétera). También la Misa puede afectar y sobre todo a los fieles difuntos. Está muy extendida, en consecuencia, la costumbre en las familias de hacer celebrar una Misa por un difunto. «*Quiero encargar*